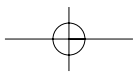
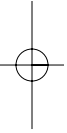


Las dos mujeres de Mr. Talbot

Alonso Quesada



La primera mujer de Mr. Talbot había muerto tísica. Era una inglesita de porcelana, dulcísima y tranquila, que marchitó su vida junto a la aridez de Mr. Talbot, que era un viento seco de egoísmo y de mercantilidad, un trovador de la Teneduría. Para él, recibir una larga carta de Nueva York, una de esas enormes cartas americanas de sobre azul y apaisado —cartas de papel irrompible, las que hay que abrir siempre a puñetazos— era como recibir una idea luminosa o la intensa sensación de un perfume. Cuando Edith, su primera mujer, murió, Talbot esperaba ansioso de California uno de estos pliegos urgen-

Alonso Quesada

tes. Por eso, al levantarse aquel día y observar que su mujer estaba más demacrada que nunca, se enfadó. Miraba a la pobre inglesa con cierto rencor comprimido y vio que ya no tenía sino unos ojos profundos que se perdían en las cuencas sombrías como si rodaran, para desaparecer al fin, en un abismo negro sin fondo. Vio que ya no podía hablar, que la voz no se oía, que era una voz tan sutil y silenciosa como la voz del pensamiento. Y sospechó, se convenció enseguida, de que la muerte rondaba, como una abeja, alrededor de la muchachita rubia. Y hasta sintió el rumor de las alas y el rebotar del insecto en las paredes desnudas. Si se muere ahora mismo —pensó—, va a ser un conflicto.

Y mistress Talbot, claro, se murió sin más consideraciones. Los ojos acabaron de per-

derse y la boca se entreabrió para que saliera el tenue adiós de la partida. Se murió, como se mueren todas las delgadas inglesitas de las colonias: indiferentemente, encogiéndose de hombros y dejando entrar por el pecho la muerte para que dentro pudiera arrojar los últimos chorros rojos de la vida dañina.

Mr. Talbot la vio morir y después de muerta la contempló largamente sin piedad y sin dolor. Era una triste silueta. Parecía una armazón de mimbre bajo las sábanas. No tenía ojos, no tenía boca. La cara era una mancha lívida que se confundía con los claros cabellos de lino. Las manos pequeñitas no se veían tampoco, mezcladas en los amplios encajes de la colcha.

Mr. Talbot quedóse indeciso. ¿Qué hacer? Estaba solo. No tenía criados. El portero de la

Alonso Quesada

oficina les traía del hotel las comidas. Una mujer les arreglaba la casa y esta mujer no llegaría sino dos o tres horas después. Y él necesitaba estar en la oficina temprano. Lió un cigarrillo. Lo encendió, y siguió razonando.

Era natural que su mujer se muriera. No tenía hijos, no tenía salud. Una mujer sin salud y sin hijos no era negocio. Además, todo el mundo se muere. Si él hubiera sido el muerto la cosa tendría otro color distinto. ¿Quién hubiese abierto las cartas de Nueva York? Y acordándose enseguida de la que esperaba, y sin mayores reflexiones, con agilidad deportiva, arrojó el cigarro y se dispuso a vestir a la muerta.

Sacó trajes del armario. Un traje blanco, un traje rosa, un traje verde. Todos vaporosos, alegres; trajes de inglesas lindas, trajes eco-

nómicos para las colonias, hechos para las heridas del sol y las aguas malas de los lavaderos españoles que los rompen pronto. Talbot no sabía qué traje poner a su muerta. El verde era demasiado cruel, el blanco igualaba demasiado con el rostro.

La vistió al fin con el traje rosa. Y aguardó un rato, contemplándola. Si no hubiera estado enferma...

Quiso —por un breve instante conmovido— darle un beso de despedida, pero se detuvo. La muchacha tenía una sombra sangrienta en los labios. No era posible, pues. Además, sólo era un ridículo simulacro de la querida gentileza. Mejor era marcharse. Y cogió el sombrero, cerró la puerta brusca-mente guardándose la llave y corrió afanoso a su oficina.

Alonso Quesada

—¿Y mistress Talbot? —le preguntó solícito el portero, al entrar.

—Mistress Talbot se ha muerto ahora mismo. Y se metió en el «Private Office» devorando con una avidez morbosa todos los sobres ocre, azules, que venían de la América lejana, perfumados de humo y llenos de eco fabril.

A las dos horas salió y fue a disponer el entierro.

Al siguiente día no había ya en su alma huella alguna de la muerte. Con la misma tenacidad de siempre volvió a devorar cartas y a lanzar cartas al mundo.

Pasaron algunos años. Talbot se levantaba a las siete y salía de su oficina a las ocho de la noche. Pero tomaba el lunch, el té y baila-

ba en todos los bailes de turistas. En esos bailes severos que parecen de oficina, que tienen la pesadez y monótona insulceza de una oficina.

Jamás hablaba sino las palabras precisas de sus cartas. Parecía no ver a nadie, absorto en la llegada de una carta única, de una carta mejor que las otras, la carta ideal que sería el verdadero triunfo de su vida mercantil.

Llegaba el verano y Talbot hacía un viaje a Inglaterra. Volvía más rojo, más seco y con un traje nuevo, pero igual al del año anterior. Un traje gris, agrisado por la ceniza de Londres y por la universal indiferencia inglesa. Un traje de espíritu impávido, gris como el alma de aquel hombre hermético.

Un año volvió con el traje y con una mujer nueva.

Alonso Quesada

Pero esta mujer no era rubia, ni triste, ni cristalina. Era una mujer espléndidamente morena, una inglesa injertada, de ojos vivos, que el sol atlántico incendiaba más. Tenía unos senos brincadores, unos senos que hablaban en voz alta, como para matar el recuerdo de aquellos otros senos chiquititos, silenciosos que se replegaron tímidos en el pecho hundido. Talbot había adquirido ahora una mujer más duradera. Había sido un negocio más firme. La segunda mistress Talbot era una mujer que bien valía cualquiera de los nutridos sobres que Talbot recibía de California con tanta dicha.

Y si antes no había fijado un hogar, ahora alquiló un chalet confortable porque la nueva mistress Talbot era aficionada a las alegrías caseras. Daba tés, hacía música,

jugaba al tenis con sus amigos y cantaba. Traía un ardor español en la sangre, y la carne morena se había curtido bajo el sol de Calcuta. Pero Talbot continuaba sin conmoverse. La mujer salía sola y regresaba muy tarde; la mujer fumaba cigarrillos turcos; la mujer se divertía con todos los pequeños «gentleman» de la colonia. Y Talbot mudo siempre. Jamás la mortificó con impertinencias latinas. La dama hacía su gusto, que era muchas veces bastante exótico.

¿La amaba Talbot? ¿La amaba más que a Edith? Parecía que no la besaba nunca. No se le notaba que la besaba. Tenía los labios fijos, sin huella de vibración, como si no se hubieran despertado jamás por un beso. Mr. Talbot abriría sin duda, el corpiño de su mujer como abría los sobres yankees. Se

Alonso Quesada

acostaba con ella oficinescamente y si allá en el recóndito rincón de su alma le guardaba amor, la estridente inglesita no era, no podía ser sino una de las tres horas fijas de Talbot: la hora del té, la hora del lunch, la hora del amor...

Corría el tiempo. Talbot abriendo sobres y su mujer abriendo almas. Y una tarde, cuando el árido inglés regresaba de su oficina, hallóse en el hall de su casa a su mujer charlando vivamente con un hombrecito moreno de mirada española. Hizo un imperceptible gesto de «manager» contrariado y aguantó impávido la presentación.

—El señor Prada, mi marido...

El señor Prada había estado en Londres, de mercader elegante.

Era hombre rico, muy distinguido. Había oído cantar a la Melba y vio dormirse, cantando también, en un concierto benéfico, a Adelina Patti. Mistress Talbot, soltera aún, estuvo esa misma noche en el teatro. Y mientras la diva famosa se dormía antes de acabar su canto, los ingleses la ovacionaban. ¡Qué recuerdos...! El Sr. Prada conocía la «Royal Galery», había estado en el «Serpentine» de Hyde Park. Era un perfecto londinense. Y Talbot, mientras su mujer le contaba entusiasmada estas cosas del señor Prada, tenía puesta su imaginación en una importante avería. Al puerto acababan de llegar unos camiones americanos, todos averiados. Y Talbot necesitaba inspeccionar. Por otro lado aquel señor Prada le había contrariado un poco. Acaso la primera sensación de su vida.

Alonso Quesada

Y en cuanto tomó el té con el señor Prada, pidió permiso para retirarse.

—Voy al puerto, si usted me lo permite.

Y rápidamente, como iluminado por una idea definitiva, añadió:

—Venga usted conmigo, querido señor. Verá qué camiones tan interesantes.

—Mr. Prada estará mejor aquí —contestó la señora, vehemente— ¡Qué ocurrencia, Fred! Llevar a Mr. Prada a ver un camión, como si se tratara de la Gioconda.

—Digo yo —insistió Talbot, mirando fijamente por primera vez a su esposa— que un camión es muy interesante. He oído decir que el autor de la Gioconda era muy amante de la mecánica y, seguramente, le

habrían interesado más los camiones que sus propios cuadros.

Pero mistress Talbot, volviéndose al señor Prada, insinuó dulcemente:

—Mr. Prada no querrá.

— Sí querrá, Mr. Prada...!

Y como el tono de la voz era violento, desusado en Talbot, la señora dejó marchar al señor Prada, que con mayor gusto se hubiera quedado con la dama.

Y Prada y Talbot se marcharon al puerto aquel día. Cuando regresó Talbot, solo, le dijo a su mujer:

—No me gusta nada ese Sr. Prada.

Y fue tan seca la frase, tenía tal dureza la mirada del marido que mistress Talbot desconcertada, acobardada, no osó chistar.

No comprendía mistress Talbot aquella inesperada actitud de su marido. ¿A qué aquella impertinencia impropia de un inglés civilizado...? Eran unos ojos nuevos, duros, decisivos, era una nueva voz de sonido extraño. ¿Por ventura la amaría aquel hombre...?

La señora Talbot sentíase distinta, como ante una espantosa revelación. ¿Era la luz atlántica, el sol, el mar, todas esas cosas vibrantes las que, actuando cotidianamente sobre el alma de aquel hombre de acero, lo habían cambiado? ¿Era un marido inglés? No podía serlo. Y al mismo tiempo que mistress Talbot descubría este mundo insospechado en su marido, sentíase ella también de un modo nuevo, con un ardor distinto. La espalda se le erizaba cálidamente, los senos

querían romper las suaves prisiones del corpiño. Cruzaba las manos nostálgicas, entreaabría los labios con una sonrisa dolorosa y alegre. Ella, en realidad, fue siempre así, pero ahora, todas sus ansias se extendían lánguidamente, tardaban más tiempo en acabarse y cuando se acababan, dejaban el alma y la boca con un amargo gusto más deseoso.

Otro día, después de aquél señalado, estaba sola, paseándose nerviosa en el hall. No podía ser. Su marido, aquel hombre terriblemente frío había vuelto al mutismo: el apasionado gesto no se repitió. ¿Tuvo celos, entonces? Y mis tress Talbot, rabiosa, desesperada, sintió cómo en su espíritu florecía un silencioso rencor por su marido. Era un hombre indigno. No había vuelto a ver a aquel agradable señor Prada por culpa de

Alonso Quesada

una incomprensible actitud de marido español o italiano. ¿Qué pretendía hacer con ella aquel hombre? Y recordó, espantada, lo que le contaron antes de su boda. ¿No había encerrado a su primera mujer muerta, y se había marchado a la oficina fríamente, sin dolor, sin pena? Y ahora, ¿cómo esa violencia, esa ridícula pretensión de prohibirle sus amigos particulares...?

Mistress Talbot cruzaba por el hall agitada. Tenía irresistibles deseos de venganza. Sí. Se vengaría. Era necesario recobrar la libertad. ¿Qué podía hacerle Talbot? Matarla, no, porque en el fondo, todos estos egoístas son cobardes. ¿Divorciarse de ella? Mejor. Ah, qué alegría. El divorcio. Eso.

Sonó un timbre, el timbre de la calle. No lo oyó. Y siguió paseándose, concibiendo la

venganza. Volvió a sonar el timbre y al poco vio aparecer a la doncella seguida de Mr. Palmer, un inglés bello como un griego antiguo que leía el Kempis y recitaba versos de Tennyson. Mistress Talbot dio un grito de alegría. La venganza se presentaba mejor de lo que esperaba. Palmer era el hombre. Tendió su mano al inglés y luego de un momento de vacilación en el que acechó el más mínimo gesto de su amigo, se le arrojó a los brazos llorándole apasionadamente.

El lector del Kempis recibió a la fragante compañera con una sorpresa tan calurosa que más parecía corazón pagano que humilde imitador de Cristo.

Mistress Talbot lo sentó a su lado. Empezaba a vengarse.

Alonso Quesada

— Mr. Palmer! Estoy loca. Lo sé. Esto es una locura. Usted no lo comprenderá. Pero yo me vuelvo loca aquí dentro. Este país es muy triste. Mi marido, además, no me ama. ¡Oh, y usted no sabe lo que en un país de estos significa no amar! ¡Oh, Mr. Palmer!, ¿qué pensará usted de mí...?

Y se juntaba al inglés más apasionada, besándole la boca griega. Y Palmer la recibía más sorprendido, pero besándola también.

—Gracias, Mr. Palmer. Yo le amo a usted. Es decir, no sé si le amo, pero no amo a mi marido. A mí, tampoco me ama nadie. ¿Usted me amará, Mr. Palmer? Mi marido jamás se ocupó de mí, pero un día sin razón justificadora se siente celoso y me prohíbe una amistad. ¿Ha visto usted qué inglés más extraordinario? ¿Cree usted que un inglés

tiene derecho a prohibir a su esposa los amigos? ¿Comprende usted que se pueda ser celoso sin amar? ¡Bésemelo usted, Mr. Palmer, bésemelo usted! ¡Ah, cuánto diera porque Talbot me viese ahora mismo! Así recobraría mi libertad. Una vez fui débil, pero no lo volveré a ser nunca.

Y la ardorosa inglesa se abrazaba al imitador del Kempis con un oriental frenesí de favorita. Lo besaba en los ojos, en los labios místicos, en la nuca santa.

Había un sol llameante en el jardín, el sol hería los cristales del patio, el mar vibraba cerca. Un rumor infinito agitaba el lomo azul del Atlántico que se tendía en la playa con languidez fatigosa. Mistress Talbot, perseguida por la luz africana, por el rumor marino, crujía de amor sobre las

Alonso Quesada

rodillas del señor Palmer que ya no imitaba a nadie sino a su propio instinto, sorprendido y cercado por unos cálidos brazos y una boca furiosa y hambrienta. ¡La venganza estaba consumada!

Pero mistress Talbot miró de pronto hacia el jardín y dio un grito, separándose de su amigo. Detrás de los cristales, contemplándola sonriendo, estaba Mr. Talbot.

—¡Huya usted, Mr. Palmer! Es mi marido. Por esa puerta... Salga usted por el camino de las lomas... ¡Oh, qué sorpresa...!

Palmer, sin saber qué hacer, salió por la primera ventana que vio abierta, en el mismo momento que Talbot abría la puerta del hall.

Mistress Talbot, temblorosa, espantada, con un espanto que no esperaba tener cuando concibió su venganza, replegose en un rincón esperando el instante de la tragedia. ¿La mataría? Volvió a verle los ojos con que miró al señor Prada y sintió otra vez aquella voz terrible y distinta sonar en el hall. Se había extremado. ¡La catástrofe iba a ser enorme!

Pero Talbot se sentó tranquilamente en un sillón y se puso a hojear un periódico.

¡Dios mío! —pensó la ardiente muchachita— ahora me mata. Esta frialdad cruel, es una señal de muerte segura.

Talbot volvió los ojos hacia ella. Ella, estremeciéndose, se retorció como una serpiente herida. Talbot la llamó —sólo le quedaban de vida unos minutos...!

Alonso Quesada

—¡Oh mistress Talbot...! ¿Estabais ahí?
¿Qué tenéis? Acercaos.

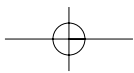
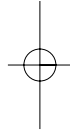
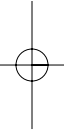
Pero ella no se acercó. Estaba arrepentida. ¡Oh, si pudiera deshacer lo hecho! Talbot la volvió a llamar: esta vez con la voz más dura. Se acercó lentamente. Y cuando se halló frente a él una sombra de sangre le cubrió los ojos y un frío espantoso le erizó la espalda. Talbot sonriéndose, exclamó:

—No importa. ¿Qué tenéis? ¡Si os he visto! Y lo comprendo. Un temperamento como el vuestro. A mí no me importa nada. Acérquese... No le haré nada... No vaya a dar lugar a un escándalo... Se pueden enterar los criados... Venga. Si no importa. Es un inglés reservado... ¡Españoles no! Los españoles todo lo dicen enseguida...

Las dos mujeres de Mr. Talbot

¡No la mataba Mr. Talbot! Pero se sintió muerta; con los ojos en el fondo de su alma, se sintió muerta, vestida de rosa y que aquel hombre la dejaba en un cuarto deso lado, cerrando la puerta con un estrépito brutal...

De Smoking-Room,
Cuentos de los ingleses de la Colonia en Canarias



RAFAEL ROMERO QUESADA (ALONSO QUESADA), nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1886. Sus primeros estudios los hizo en el Colegio de San Agustín, donde conocería a Tomas Morales, Néstor, etc. Terminado el Bachillerato, en 1902, entra en el regimiento de Infantería donde estaba destinado su padre. Después de la muerte de éste, tiene que emplearse en una oficina de una Compañía inglesa, para ayudar al sostenimiento de su familia. Pronto comenzó a escribir poemas de corte satírico, y a participar en una Compañía de aficionados al teatro. En 1910 obtiene, junto a Tomás Morales, un premio en los Juegos Florales, donde conoció a Unamuno, que influyó en su obra poética de *El lino de los sueños* (1915). Como consecuencia de su viaje a la capital, escribe el poema *Truncado en Madrid*. Su obra teatral, *La umbría* (1922) y *La llanura* (1919) representan una original renovación dramática en Canarias. De sus obras en prosa debemos destacar, aparte de las *Crónicas de la ciudad y la noche*, los cuentos contenidos en *Las inquietudes del hall* y *Smoking Room*, y en verso, su obra póstuma *Caminos dispersos* (1940). En 1925 muere tuberculoso en el pueblo de Santa Brígida.

Alonso Quesada